

***Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla: un viaje entre la promesa y la amenaza**

Carolina Grenoville
Universidad de Buenos Aires
cgrenoville@hotmail.com

Citation recommandée : Grenoville, Carolina. "Una excursión a los indios ranqueles de Lucio V. Mansilla: un viaje entre la promesa y la amenaza". *Les Ateliers du SAL* 5 (2014) : 33-43.

Buena parte de la literatura argentina del siglo XIX se halla sujeta a una economía utilitaria del sentido que se pone de manifiesto tanto en la descripción de las "escenas naturales" como en la representación de las voces de los otros, sean gauchos, "indios" o negros. La sumisión de un espacio topográfico a un lugar donde cada elemento se halla situado en un sitio propio y distinto y de los enunciados de los "bárbaros de la campaña" –bromas, insultos, anécdotas, cuentos– al orden del discurso de la ciudad es un modo de contener la ambigüedad y la contradicción propias de la frontera (espacial y lingüística) dentro de los límites de una idea generalizadora y universalizante, "la ley de la civilización". En el presente artículo se analiza un fragmento de *Una excursión a los indios ranqueles* (1967) de Lucio V. Mansilla en el que este uso político y estratégico de la actividad literaria se pone especialmente en evidencia. Por medio de la ficción, el narrador organiza el espacio patagónico en una sintaxis y un léxico acordes tanto con las jerarquías sociales y políticas establecidas como con los juegos de negación y de rechazo sobre los que se funda el *lugar común*: quién es qué; quién hace qué; a quién le corresponde qué. Pero, asimismo, el pasaje en cuestión habilita una lectura no canónica o a *contrapelo* que elude los estereotipos para posar la mirada en las fisuras de los textos del "canon" nacional. Estas fisuras (o grietas, como denomina Gilles Deleuze, a propósito de la obra de Émile Zola, a la herencia a cuyo alrededor se distribuyen y despliegan "los temperamentos, los instintos, los 'grandes apetitos'" [*Lógica* 319]), paradójicamente, desafían los mismos programas que promueven los textos: lo no dicho, lo que estaba destinado a permanecer oculto, lo que se encontraba más allá del horizonte de expectativas de una época dada, encuentra finalmente su cauce.

El nombre de Lucio V. Mansilla, como el de otros personajes paradigmáticos del siglo XIX, ha pasado a ser, parafraseando un tanto libremente a Jacques Rancière, *firma*, esto es, la marca de una identidad que articula a la vez (y de una vez) el objeto mismo de la historia y del relato (*Los nombres* 17). En *Una excursión a los indios ranqueles*, hay un pasaje, un cruce de palabras, que se destaca por su tono del resto del relato del viaje del Coronel Mansilla a Leubucó. El coronel pareciera salirse aquí de las casillas (y del registro que había adoptado hasta este momento). El intercambio dialógico entre el coronel y los ranqueles comienza con una interpelación: "Oigan, bárbaros, lo que les voy a decir" (II, 100). El vocativo "bárbaros" ya presupone una organización desigual de las posiciones de los

hablantes que se verá luego confirmada en el plano del relato: el bárbaro es el extranjero. Los ranqueles, independientemente de las razones que esgriman, se hallarán siempre fuera de la *lengua*, fuera de la *verdad*, fuera de *lugar* en su pago:

Y ustedes también son argentinos –les decía a los indios. ¿Y si no, qué son? –les gritaba–; yo quiero saber lo que son. Contésteme, dígame, ¿qué son? ¿Van a decir que son indios? Pues yo también soy indio. ¿O creen que soy *gringo*? Oigan lo que les voy a decir: Ustedes no saben nada, porque no saben leer; porque no tienen libros. Ustedes no saben más de lo que les han oído a su padre o a su abuelo. Yo sé muchas cosas que han pasado antes. [...] Hace muchísimos años que los *gringos* desembarcaron en Buenos Aires. Entonces, los indios vivían por ahí donde sale el sol, a la orilla de un río muy grande; eran puros hombres los *gringos* que vinieron y no traían mujeres; los indios eran muy zonzos, no sabían andar a caballo, porque en esta tierra no había caballos; los *gringos* trajeron la primer[a] yegua y el primer caballo, trajeron vacas, trajeron ovejas. [...] Los *gringos* les quitaron sus mujeres a los indios, tuvieron hijos en ellas, y es por eso que les he dicho que todos los que han nacido en esta tierra, son indios, no *gringos* (II, 100-101).¹

Las páginas previas preparan al *paciente* lector que ha asistido en cierta forma al prolongado y agobiante ritual protocolario que rodea la firma del tratado entre el representante del gobierno argentino y los principales caciques ranqueles liderados por Mariano Rosas. El paralelismo entre el viaje y la lectura que construye *Una excursión* pone al lector en los zapatos del Coronel e induce a ver a los ranqueles durante la junta con nuevos ojos².

1 || Varios autores se detienen en el análisis de las estrategias y las implicancias de este pasaje en particular de *Una excursión a los indios ranqueles*. Cf., por ejemplo, Florencia Garramuño, *Genealogías culturales* 77-79; Jens Andermann, *Mapas de poder* 109-119.

2 || La superposición entre el plano de la enunciación y el plano del enunciado es recurrente en el texto: "Y como sigue lloviendo y estoy mojado hasta la camisa, me despido hasta mañana" (I, 57); "Sigamos caminando..." (I, 62); "Voy a contártelo a tres mil leguas" (I, 75); "Pero acerquémonos a Leubucó, saliendo de donde nos detuvimos ayer" (I, 148); "El toldo de Mariano Rosas, como todos los toldos, tiene una enramada; descansenos en ella hasta mañana, a fin de no alterar el método que me he propuesto seguir en el relato" (I, 163); entre otras menciones. Esta conjunción crea la ilusión referencial de que las cartas se escriben durante el viaje. El tiempo del viaje y el tiempo de la escritura parecen, de este modo, coincidir: la marcha y el hilo del relato se retoman o se interrumpen simultáneamente. Pero, además, esta superposición es una invitación a leer el viaje como si se tratara de un texto y viceversa. El viaje trae aparejada la pérdida o la disolución momentánea del universo simbólico sobre el que reposan la identidad del viajero y las certezas de su cosmovisión; la puesta en acto de la escritura (que se realiza en la lectura), por su parte, desata el mecanismo metafórico según el cual el significado de un término se desplaza con relativa libertad o solvencia a otros significantes diseminados en el texto. Esta relación sugerida a lo largo de *Una excursión* se

La lectura y el viaje a través de la pampa obligan a *tomarse tiempo, a hacerse lento, a leer y cabalgar despacio*, siguiendo el adagio clásico del *festina lente*. La formación, los saludos, los discursos, el tiempo de espera que Mansilla narrador *padece* en carne propia y que hace padecer a sus lectores, demorando el relato –un modo de hacerlo partícipe (casi volverlo cómplice) de su experiencia y sobre todo de su punto de vista– preparan, de alguna manera, el terreno para el "exabrupto" que tendrá lugar poco después³.

Paradójicamente, en este pasaje, producto en apariencia de la exasperación que invade a Mansilla, se cuelan algunas verdades que le ponen un coto a tanta vacilación. Mansilla recupera un lugar de enunciación del que hasta ese momento había rehuido y lo hace con una convicción y una firmeza pavorosas. Las insistentes preguntas formuladas a lo largo de este viaje por el mismo narrador o por otros personajes relativas a su identidad –"ese mozo ¿quién es?" (I, 7); "¿Y entonces, qué es?" (I, 223); "¿Sería yo mejor que ese hombre [el espía cuarterón]?" (II, 58); "¿Y si no, qué son?" (II, 100); "¿O creen que soy *gringo*?" (II, 100); "¿Este quién siendo?" (II, 194)– hallan finalmente una respuesta categórica:

si ustedes no me tratasen a mí y a los que me acompañan con todo respeto y consideración, si no me dejasen volver o me matasen, día más, día menos, vendría un ejército que los pasaría a todos por el filo de la espada, por traidores; y en estas pampas inmensas, en estos bosques solitarios, no quedarían ni recuerdos, ni vestigios, de que ustedes vivieron en ellos⁴ (II, 104).

Una excursión se caracteriza por subvertir paulatinamente los escenarios de producción de ese mismo discurso. El género discursivo y la escritura desembozada, prolífica y digresiva

explícita al final del texto: "Lo repito, viajando sucede lo mismo que leyendo" (II, 182).

3 || "Habiendo esperado yo tanto; ¿por qué no han de esperar ustedes hasta mañana o pasado?" (I, 151). Este padecimiento, por otra parte, es otro modo de establecer una diferencia con los ranqueles: el viajero despreocupado cede terreno aquí al funcionario eficiente que se impacienta ante lo que él considera ahora una pérdida de tiempo. Dos medidas de tiempo colisionan así en este capítulo: el tiempo productivo y el tiempo ranquel que aparece ahora a los ojos de Mansilla como un tiempo muerto.

4 || El ejercicio de un completo dominio sobre la memoria y la eliminación activa y consciente de las huellas, peligros insospechados, según Tzvetan Todorov, antes del Holocausto o los gulag soviéticos (*Memoria del mal* 148), no fueron después de todo un invento de los regímenes totalitarios del siglo XX. La experiencia colonial se entrelaza en todo momento con matanzas, amenazas, imposiciones y regulaciones destinadas a condicionar el establecimiento de los hechos.

intervienen directamente en el sentido de la empresa: la amplificación discursiva⁵, lleva, por un lado, a magnificar el viaje y, por otro, a desplazar solapadamente a un segundo plano su motivación. La misión del viaje y el *scopus* o intención según la cual debe ser entendido el texto sólo se ponen plenamente de manifiesto hacia el final: hasta este pasaje la *Excursión* es meramente eso, una correría, un entretenimiento, una *causerie*. Algo similar ocurre con la figura del Coronel: a lo largo del relato, Mansilla se presenta como un aventurero, un explorador, un amante de la vida salvaje, un excéntrico, un *connaisseur*, como cualquier cosa menos como lo que efectivamente es: un funcionario militar que viaja al territorio ranquel a dar un ultimátum a los indios. Toda la *Excursión* se convierte, de este modo, en una suerte de *excursus* cuya finalidad pareciera ser aligerar el peso de lo que se tiene que decir y que acaba finalmente por decirse de manera descarnada en esta zona del texto.

El peso de la subversión recae en este punto sobre los otros. Mansilla asume su lugar de enunciación e invierte la posición de los ranqueles mediante la distorsión de su pasado. El mito de origen que construye, y que se retrotrae al momento en que los "gringos" desembarcaron por primera vez en Buenos Aires, está destinado, en principio, a elidir ante los dirigentes ranqueles y los demás participantes de la junta, la violenta apropiación que el Estado argentino viene llevando a cabo de las tierras de los indígenas. Es precisamente la historización lo que posibilita la construcción de esa supuesta hermandad. La palabra de Mansilla, legitimada por la institución de la escritura, se presenta como el registro fiel de una historia que los indios, que no cuentan con libros, ignoran porque han olvidado: desde el saber mnemónico de los ranqueles los caballos, las vacas y las ovejas siempre estuvieron allí. Asimismo, como señala Jens Andermann,

Esa lucha de saberes se repite simbólicamente en el mito de origen que cuenta la lucha entre dos linajes, dos reclamos de la herencia, entre los hijos de los padres (blancos) y los hijos de las madres (indias) [...]. La diferencia topicalizada en la raza y el género antecede, pues, a la identidad en cuyo nombre se inscribe: "ustedes *también* son argentinos", "nosotros *también* somos indios" [...]. Es precisamente el significante de la igualdad el que nombra la asimetría en una relación de dominio y subalternidad (*Mapas de poder* 117-118).

Antes de poner orden en el territorio es necesario, entonces, ordenar el relato: fijar un comienzo, un cuadro de situación, y

5 || Un viaje que dura tan solo 18 días se narra en 68 entregas.

definir las posiciones y las relaciones entre sus elementos.

Pero la confusión que Mansilla siembra se halla además en estrecha relación con la incertidumbre que aún despertaba en la clase dirigente el proyecto de un colonialismo interno con el que se aspiraba a derrotar el desierto. Ya existía un consenso respecto de que la posesión y puesta en valor de los territorios pampeanos y patagónicos se darían con el repoblamiento: sólo la "civilización" y el "trabajo productor" transformarían los recursos naturales de la región en una fuente inagotable de riquezas⁶. Pero todavía persistían algunos interrogantes: ¿qué nombre se le debía dar a estas campañas militares cuyo fin último era la anexión de los territorios pertenecientes a los distintos pueblos originarios? Si se trataba de una "conquista", ¿no implicaba eso reconocer que las tierras al sur de Buenos Aires eran en realidad extranjeras? Y si el cono patagónico era en realidad territorio extranjero, ¿de qué modo podían los argentinos arrogarse un mayor derecho sobre él que el que podrían reclamar eventualmente otros países limítrofes e incluso de ultramar que también tenían sus ojos puestos en la región?

La ambigüedad semántica del término "argentinos" que Mansilla explota en este pasaje, manteniendo así los contornos de la identidad propia y ajena en la indefinición, es análoga a los espacios en blanco en la representación cartográfica del territorio: si, por un lado, dan cuenta del desconocimiento que existía en la época sobre el cono sur, por otro, también pueden pensarse como parte de una estrategia de expansión que soslaya a conciencia la cuestión de fondo –el status político y jurídico de los habitantes y del territorio de fronteras afuera– hasta tanto no se cuente con las condiciones materiales para ocupar definitivamente esas comarcas. Los ranqueles serán argentinos: hijos, sí, pero nunca propietarios de la tierra. Los conflictos limítrofes con los países vecinos (con Chile, en primer lugar, pero también con Brasil y Paraguay, en menor medida) e incluso los temores que todavía por esos años había de una ocupación de la Patagonia por parte de las potencias europeas contribuían a esta indeterminación general: quizá fuera ese el modo de ganar tiempo de los distintos países que se encontraban a la expectativa⁷.

6 || Las expresiones pertenecen a un discurso del entonces Presidente de la Nación Nicolás Avellaneda incluido en el diario de sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación del año 1878, tomo I, pág. 681 (ctd. en Navarro Floria, "El desierto y la cuestión del territorio" 166).

7 || Durante la junta, Mariano Rosas le pregunta al Coronel si el Congreso puede desaprobar el tratado de paz firmado con los ranqueles. El comentario cómplice que el narrador hace al destinatario explícito de *Una excursión*, su

En efecto, los mapas generales de Argentina compuestos por esos años ponen de relieve las pretensiones de distintos países en relación con el territorio pampeano y patagónico. En los primeros mapas integrales de la República confeccionados por extranjeros se señalaba de manera explícita el dominio indígena en gran parte del territorio atribuido a la Confederación y se excluía a la Patagonia como parte de este mismo Estado. La Patagonia que surgía de estos mapas era apenas un contorno con su interior en blanco, reforzando de alguna manera su carácter de zona disponible. En vísperas de las grandes campañas militares que tendrían lugar hacia 1880, se vuelve necesario repensar la producción de los mapas oficiales de Argentina. En contraposición con aquellas primeras representaciones cartográficas, el plano que elabora Manuel Olascoaga, menos de veinte años después, en ocasión de la Campaña al Desierto a pedido de Julio Roca omite toda información sobre los habitantes americanos y proyecta sobre los territorios recientemente anexados una red de infraestructura de comunicaciones moderna todavía inexistente⁸.

amigo Santiago Arcos, sobre esta inquietud del cacique ranquel parece corroborar esta estrategia al menos para el caso del Gobierno argentino: "Yo no podía confesar que sí; me exponía a confirmar la sospecha de que los cristianos sólo trataban de *ganar tiempo*; recurrí a la oratoria y a la mímica, pronuncié un extenso discurso lleno de fuego, sentimental, patético" (II, 97; la bastardilla no figura en el original). Las muestras de amistad, la igualdad entre blancos e indios cuidadosamente tramada en algunos pasajes del texto, las promesas y el documento mismo se revelan todos como parte de un mismo *acting* destinado a posponer la "resolución" del conflicto para más adelante, para cuando el ejército (y no ya un cartógrafo encerrado en su laboratorio) pueda efectivamente *borrar* a los pueblos americanos del mapa de Argentina. Las sospechas de Mariano Rosas resultaron bien fundadas: "Se me hacía el cargo de no haber avisado con anticipación de mi viaje; criticaban mi mezquindad, comparándola con la magnificencia del padre Burela, conductor de cincuenta cargas de bebida; decían que no era bueno; que les había impuesto el tratado de paz, mandándoles un ultimátum; que había llevado un instrumento para medir las tierras; que eso era porque los cristianos se preparaban para una invasión; que *el tratado no tenía más objeto que entretener a los indios para ganar tiempo*" (II, 88-89; la bastardilla no figura en el original).

8 || Un análisis de la cartografía de la época puede encontrarse en "Técnica, política y 'deseo territorial' en la cartografía oficial de la Argentina (1852-1941)" de Carla Lois. Allí la autora concluye que hacia fines del siglo XIX la literatura geográfica realizada por extranjeros (como la obra de Woodbine Parish, *Buenos Ayres and the Provinces of the Rio de la Plata from their Discovery and Conquest by the Spaniards to the Establishment of their Political Independence*, publicada por primera vez en Londres en 1852 y la *Description géographique et statique de la Confédération Argentine* y el *Atlas de la Confédération Argentine* de Martin de Moussy publicados entre 1860 y 1865) fue desestimada porque no resultaba funcional a los intereses del Estado argentino. Las campañas militares ofrecerían, de este modo, la oportunidad de confeccionar una cartografía acorde con los programas políticos de la Nación y

Las comarcas "vírgenes" eran un objeto de deseo tanto de las potencias europeas y los incipientes Estados nacionales en expansión como de aventureros y oportunistas de toda laya. En sintonía con las ensoñaciones de Mansilla en las que se hace proclamar *Lucius Victorius Imperator*, hubo otros aventureros soñadores que, trascendiendo las fronteras del libro, procuraron organizar un reino en el extremo meridional del continente. Fue el caso del francés Orélie Antoine de Tounens, quien por el año 1861 se introdujo en el sur de Chile autoproclamándose Orélie Antoine I, Rey de la Araucanía, y denominando a su flamante reino la Nueva Francia. La representación literaria del sueño de Mansilla y la experiencia de Orélie Antoine a uno y otro lado de la cordillera ponen de relieve una forma particular de concebir el cono sur. Ese territorio enigmático y prácticamente inexplorado se prestaba fácilmente como asentamiento geográfico tanto de ese otro lugar imaginario, esa alteridad lejana separada del aquí y el ahora, con que sueña el *homo utopicus*, como de los grandes mercados dentro de una economía colonial. La utopía se revela, de este modo, como la contracara de la conquista: ambas parten de un territorio *disponible* para llenar ya sea con reinos imaginarios ya sea con poblados, telégrafos o trenes.

La acción de conquista se ubica, entonces, en el punto nodal de la intersección entre un movimiento que se dirige hacia el pasado para distorsionarlo con fines ideológicos y otro orientado al futuro que proyecta sobre el *espacio despejado por la fuerza* la constitución de un orden político naciente que no ha sido hasta entonces sino un mundo posible, mera utopía. En esa proyección en el espacio –y a contrapelo de historias y memorias locales– se fragua y se consolida una forma específica de la historia nacional. Como bien atestiguan distintas ciudades latinoamericanas cuya arquitectura aún conserva, como si se tratara de capas geológicas, las ruinas de la civilización indígena sobre las que se erigieron las edificaciones coloniales, el pasaje citado desbarata el pasado del pueblo ranquel para proyectar sobre esos vestigios la pampa modelada por la lógica del progreso y la razón de las armas: "Que la tierra no era de los indios –les explica el Coronel Mansilla a los ranqueles–, sino de los que la hacían productiva trabajando" (II, 99). La dominación colonial se inscribe así tanto en el cuerpo de las ciudades latinoamericanas como en el *corpus* de su historia.

La ficción genealógica según la cual el Coronel Mansilla se identifica con los ranqueles frente al enemigo extranjero bajo los

que se ajustara a las necesidades específicas planteadas en el contexto de anexión de los territorios indígenas del Chaco y la Patagonia.

sintagmas "argentinos" e "indios" le permite, entonces, omitir el interés del Estado en la anexión de tierras más allá del Río Quinto y lo exime de pronunciarse acerca de la naturaleza jurídico-política de esas tierras y sus habitantes, pero, además, la evocación de la violencia de la dominación española funciona al mismo tiempo como una intimidación. Cuando el otro se obstina, pese a las razones esgrimidas, en seguir sosteniendo su versión de la historia, se abandonan las estrategias de persuasión y sobreviene la amenaza. Sólo *un* relato quedará en pie custodiado por las armas del ejército argentino: si los logra "persuadir", los indios concertarán junto con él la conveniencia del tratado de paz. Si no, el ejército los pasará a todos por "el filo de la espada" (II, 104). ¿Y quién podrá negar, entonces, cuando de las tribus que poblaban el sur de la república sólo se conserven sus restos en los anaqueles de algún museo, que los indios no sabían nada, que eran muy zonzos, que se dejaron robar las mujeres, que la tierra es de los cristianos porque son los que la trabajan, al igual que las yeguas, los caballos, las vacas, las ovejas? Como bien advierte David Viñas, las críticas irónicas que Mansilla lanza contra la civilización y su coqueteo con la barbarie también fueron absorbidos por la ideología victoriosa (*Indios, ejército y frontera* 164).

Las múltiples transfiguraciones que tienen lugar en *Una excursión* y que sugieren instancias de asimilación y transculturación cruzadas no logran echar por la borda (ni siquiera matizar) el proyecto político de sometimiento de los pueblos indígenas en ciernes (y que se materializaría en las grandes campañas a los territorios patagónico y chaqueño a partir de la década de 1870). La composición de esta peculiar comunidad imaginaria en la cual las indias son rebajadas a un mero continente donde fueron gestados los hijos de la futura colonia y los indios se configuran como unos brutos y unos cobardes, resignifica la obra en su totalidad. En esta torsión perversa de la historia, Mansilla bosqueja un cuadro que engloba y subsume las distintas situaciones de hibridación a las que se aluden en el texto. Ya no importa si, por momentos, el coronel Mansilla pareció asimilárseles, si más de una vez acabó perdiendo la compostura, "achumado" como ellos, por el exceso de aguardiente o si se hacía la *toilette* a la usanza ranquel y a la vista de todos ("Cuando acabé la operación de cortarme las uñas de los pies, me limpié las de las manos, y para completar la comedia me escarbé los dientes con el puñal" [II, 28]). Tampoco importa si los indios, en ocasiones, aparecen más instruidos y civilizados que los propios representantes de la civilización, hojeando *La Tribuna* y negociando con una habilidad digna de Maquiavelo. La

barbarización del narrador y la civilización de los ranqueles forman parte de una misma *comedia* destinada también a consolidar y legitimar un sistema de relaciones sociales que se contrapone, es cierto, a algunos proyectos de inmigración que circulaban en la época, pero, en modo alguno, presupone una organización democrática, igualitaria u horizontal de la sociedad⁹.

Ahora bien, es la voz de Mansilla y sólo la voz de Mansilla la que conserva la reverberación de los argumentos perfectamente *razonables* y sumamente atendibles que esgrimió Mariano Rosas en esa asamblea creando, en palabras de Jaques Rancière, un "modelo de elocuencia subversiva para los oradores y simples soldados del porvenir". El narrador, la *voz de la historia*, no sólo se apropia de la palabra del otro para adjudicarle (o más bien imponerle) una identidad cultural sino también y fundamentalmente para *decir mejor* que el mismo Mariano Rosas las razones de todos los habitantes del desierto: "Todos aquellos que no han tenido lugar para hablar se apropiarán de estas palabras y de estas frases, de estas argumentaciones y de estas máximas para constituir en la subversión un nuevo cuerpo de escritura" (Rancière, *Los nombres* 41). El efecto de exclusión que conlleva la puesta en escena de la desigualdad de los hablantes se ve relativizado precisamente por el poder de inclusión de *Una excursión*: Mansilla hará hablar una y otra vez a lo largo de este viaje a quienes no se encuentran en posición de hablantes legítimos –son ranqueles, trásfugas, cautivos– y fundará, quizá sin saberlo, una tradición alternativa a la forjada desde la penosa comunión entre las letras y las armas. En ese modelo subversivo diseminado en los pliegues de buena parte de la literatura argentina decimonónica, fragmentos de discurso de naturaleza razonadora conservados paradójicamente por los enemigos de estos hombres "fuera de la razón", hurgará la literatura posterior en busca de la palabra justa, de la palabra no dicha.

9 || Al caracterizar a Miguelito, un cristiano refugiado entre los indios que huye de la justicia, Mansilla sugiere un proyecto nacional que se contrapone al plan de inmigración delineado por la generación del '37 cuyos principales exponentes concibieron como única opción la población del "desierto" mediante la adquisición de masas de hombres traídos de Europa (plan que el propio Mansilla describe como "la monomanía de la imitación" [I, 185]): "Allí donde el suelo produce sin preparación ni ayuda un alma tan noble como la suya, es permitido creer que nuestro barro nacional, empapado en sangre de hermanos, puede servir para amasar sin liga extraña algo como un pueblo con fisonomía propia, con el santo orgullo de sus antepasados, de sus mártires, cuyas cenizas descansan por siempre en frías e ignoradas sepulturas" (I, 186).

Bibliografía

- Andermann, Jens. *Mapas de poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Deleuze, Gilles. *Lógica del sentido*. Buenos Aires: Paidós, 2010.
- Garramuño, Florencia. *Genealogías culturales. Argentina, Brasil y Uruguay en la novela contemporánea (1981-1991)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo Editora, 1997.
- Lois, Carla. "Técnica, política y 'deseo territorial' en la cartografía oficial de la Argentina (1852-1941)". *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales* 218 (2006).
<<http://www.ub.es/geocrit/sn/sn-218-52.htm>>
- Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles*. Tomos I y II. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967.
- Navarro Floria, Pedro. "El desierto y la cuestión del territorio en el discurso político argentino sobre la frontera Sur". *Revista Complutense de Historia de América* 28 (2002): 139-168.
- Rancière, Jacques. *Los nombres de la historia. Una poética del saber*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1993.
- Todorov, Tzvetan. *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*. Barcelona: Península, 2002.
- Viñas, David. *Indios, ejército y frontera*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2003.